

su vida: la literaria y la hogareña. La escritora y la madre formarían para siempre una unidad indestructible. Firme, enérgica y constante, no se concedía un rato de ocio para sus trabajos. Cada día la prodigiosa actividad de su cerebro trasladaba a las cuartillas un manojo de bellas ideas, expuestas con mayor galanura, con mejor decir, con más brío y pureza idiomática. Versos, artículos, cartas, cuentos. La escritora —ya ilustre— no sentía impaciencia por abordar el gran género, en el que le aguardaba la gloria. No había por entonces galardones fabulosos que espolearan a los improvisadores. La novela exigía a los novelistas una preparación, una madurez y una conciencia consejeras de calma. Escuchando esos consejos, Concha Espina esperó a los cuarenta años para escribir su primera novela —*La niña de Luzme-la*—, que habría de abrirle de par en par las puertas de la fama. A partir de 1909, fecha de aparición de ese libro —que conseguiría lo que ningún otro español: cambiar un nombre en la geografía y la administración—, Concha Espina, que se había encontrado a sí misma, produciría sin interrupción una serie de obras maestras. En 1914, y con *La esfinge maragata*, obtuvo su primer premio literario —el Fastenrath, de la Real Academia Española— cuando llevaba más de quince años de incesante labor. La misma Corporación —que con notoria injusticia jamás le ofrecería uno de sus sillones, que por derecho propio le correspondían— premió sucesivamente otras obras suyas. El Ministerio de Instrucción Pública otorgó el Nacional de Literatura a su novela *Altar mayor*.

Claro es que lo mismo hubiera sido que no se otorgaran estos galardones, ya concedidos por el público que leía y admiraba sus libros, por la mejor crítica literaria española y extranjera que estudiaba su técnica y su

estilo, por las editoriales que fuera de las fronteras vertían a todos los idiomas la espléndida prosa de la insigne escritora, que jamás utilizó otras armas para triunfar que su talento, su cultura y su amor a la profesión libremente elegida y fervorosamente cultivada. La propaganda y el autobombo fueron ajenos a la sencillez, la intimidad y el recato de esta mujer excepcional, a quien no amargaron los juicios adversos o el trato injusto ni envanecieron los laureles.

Concha Espina, con su curiosidad abierta y alerta siempre, conocía a fondo las literaturas clásicas —que había leído el *Quijote* lo demuestra su libro *Al amor de las estrellas*— y modernas. Pero ese conocimiento no supuso mimetismos ni el dejarse arrastrar al «pastiche» de las modas literarias más o menos efímeras, limitándose, como todo escritor auténtico, a captar lo mejor de cada una, sólo para depurar sus conceptos estéticos.

En 1937 sufrió una prueba dolorosísima, que puso de manifiesto el temple de su alma: la ceguera física. Uno imagina —al releer tantas páginas de Concha Espina, en que el primor de su pluma se recrea en esa plegaria que es la contempiación de las cosas bellas creadas por Dios— la tortura que debió ser para la escritora con retina de pintor, aquel angustioso telón de sombras caído definitivamente ante sus pupilas. Uno imagina la angustia de la infatigable trabajadora al perder la principal herramienta de su trabajo. Pero lo que no puede imaginar es la honda raíz de la fe necesaria para soportar esta prueba, aceptarla y vencerla hasta llegar a sustituir el sentido corporal perdido por otro espiritual más agudo, sutil y penetrante, con el que descubrir un mundo nuevo de posibilidades de belleza, dentro de la espesa negrura. Concha Espina tuvo esa fe